

## CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

Triunfo de la burguesía.—Miseria y descontento del pueblo.—Popularidad del nuevo rey.—El príncipe de Condé en Saint-Leu.—Testamento en favor del duque de Aumale.—Muerte misteriosa del príncipe de Condé.—Política exterior.—Fernando VII y Luis Felipe.—Los refugiados españoles.—El gobierno de los clubs.—Revolución en Bélgica.—Talleyrand embajador en Londres.—Polignac, Peyronnet, Guernón-Ranville y Chantelauze en la fortaleza de Vincennes.—La Cámara nombra tres comisarios para pedirles declaración.—Proyecto para salvar á los acusados.—Indignación creciente del pueblo.—Manifiesto de Odilón Barrot.—Cambio de ministerio.—Revolución en Polonia.—La Cámara de los pares constituida en tribunal de justicia.—Los ex ministros de Carlos X son trasladados de Vincennes á París.—Muerte de Benjamín Constant.—Sentencia de la Cámara de los pares contra los ex ministros.—El pueblo amotinado.—El orden mantenido por la guardia nacional.—Lafayette sacrifica su popularidad al sostenimiento de la situación; en cambio es destituido.—La revolución queda vencida.—Carácter del gobierno de julio.—Codicia de Luis Felipe.—Desmoralización.—Situación interior de Francia.—Sistema del *justo medio*—Los doctrinarios.—Intentona de insurrección en el Vandeado.—La duquesa de Berry prisionera.—Los legitimistas ayudan pecuniariamente á los republicanos en sus intentonas.—La oposición republicana.—Insurrecciones en Lyon y en París.—Propaganda por medio de periódicos y sociedades secretas.—Divisiones entre los republicanos.—Prudhonianos y blanquistas.—Socialismo y comunismo.—Conatos regicidas.—Leyes de represión contra la prensa.—Intentonas bonapartistas. El príncipe Luis Napoleón.—Muerte del duque de Orleans.—Designación del duque de Nemours para la regencia.—París es cercado de fortificaciones.—Causas de la caída del gobierno.

La revolución de Julio tenía por resultado el triunfo de la burguesía. Esta había colocado en el trono á un príncipe que le estaba sujeto. Los ministros le debían su poder y su renombre. El poder legislativo le pertenecía por derecho de conquista, y para conservarlo en ausencia de toda autoridad constituyente, le había bastado crear un momento en su fuerza. Poco le quedaba ya que hacer para completar su obra. Por medio del juramento obligatorio, obligó á los legitimistas sinceros á una dimisión que la dejaba dueña del parlamento. Por medio de las destituciones impuestas á los ministros invadió los cargos públicos y se apoderó de la administración. Por medio de la guardia nacional, organizada con una actividad maravillosa, se puso en condiciones de reinar en la calle. En cambio, á fines de agosto, millares de artesanos, reunidos en gremios, fueron en pacífica manifestación á la prefectura de policía reclamando justicia para ellos y piedad para sus mujeres y sus hijos, porque la revolución que habían hecho les resultaba funesta. Efectivamente, el pueblo, demasiado ignorante para desear su participación en el poder, se estremecía bajo el yugo de un orden social donde para él todo era opresión. La revolución había avivado los sufrimientos de la clase obrera. El partido vencido se componía de hombres opulentos; de su derrota, se resintieron todas las profesiones fomentadas por el lujo. Además, el porvenir era incierto; la guerra, posible; el entusiasmo aparente de los hombres políticos no hacía más que cubrir la desconfianza que angustiaba á los ricos. De ahí irreparables desastres arriba, y abajo un sentimiento de amargura unido al despecho de las esperanzas fallidas. Para remediar la situación, Guizot pidió á la Cámara un crédito de cinco millones aplicables á obras públicas. Esto no bastó á calmar la efervescencia popular, que estalló en trastornos dentro y fuera de París. En Ruán los obreros reclamaron aumento de jornal y disminución de trabajo. En varios puntos, el cobro de las contribuciones fué interrumpido por enérgicas resistencias. Y mientras el pueblo sufría y se agitaba, la clase media seguía embriagándose en su propio triunfo. Luis Felipe recibía delegaciones y felicitaciones de todas partes. Los poetas cantaban las virtudes del rey, asociándolo al heroísmo del pueblo. La ciudad obsequió al general Lafayette con un banquete de 400 cubiertos. El pueblo, que carecía de pan, murmuraba al ver los goces de la burguesía; pero los murmullos del pobre, en una sociedad imperfecta, se apagan sin eco, cuando una triste fatalidad no los transforma en gritos de guerra.

La revista de la guardia nacional, celebrada el 29 de agosto, suspendió aquellas luchas. Habíase levantado una tienda para el rey en el Campo de Marte, que cubría una masa inmensa de hombres armados. El general Lafayette distribuyó banderas á las diversas legiones y recibió su juramento en nombre del monarca. La alegría de Luis Felipe debió ser profunda, pues su popularidad parecía en aquel momento casi igual á la de Lafayette.

Pero entonces ocurrió un suceso trágico y misterioso que había de marcar con un punto negro el principio de aquel reinado. El anciano duque de Borbón, príncipe de Condé, vivía tranquilamente en sus posesiones, alejado de la política y entregado en cuerpo y alma á una aventurera, que después de haber cantado en el teatro de Covent-Garden y sido amante de un pródigo opulento en Turnham-Green, se había casado con el barón de Feuchères, soldado leal, cuya buena fe engañada sirvió para cubrir durante algún tiempo el escándalo de adúlteros amores. Y por un encadenamiento de hechos que serían muy largos de explicar, los intereses de esta mujer se hallaban estrechamente unidos con los de la casa de Orleans. La baronesa había obtenido del duque de Borbón, en 1824, el legado testamentario de las posesiones de Saint-Leu y Boissy, y en 1825, varias cantidades que sumaban un millón; y no satisfecha con el usufruto anticipado de dichas posesiones, se hizo otorgar por su amante el del inmenso bosque de Enghien. Pero temiendo que la muerte de su bienhechor la dejase expuesta á los ataques de los herederos del príncipe, por ella despojados; á los pleitos que la captación provoca y quizás á los clamores de la opinión, hizo adoptar al duque de Aumale por el duque

de Borbón, á fin de asegurarse el patronato de una casa poderosa. A sus instancias reiteradas, el día 30 de agosto de 1829, el príncipe de Condé redactó y firmó un testamento en que instituía heredero universal de sus bienes al duque de Aumale, hijo del duque de Orleans, y aseguraba á la baronesa, en tierras y en metálico, un legado de unos diez millones.

En la mañana del 27 de agosto, el duque de Borbón fué encontrado ahorcado de la falleba de una ventana de su cuarto, en el palacio de Saint-Leu. La justicia, de conformidad con el dictamen facultativo, hizo constar que se trataba de un suicidio. Pero las circunstancias que rodearon el trágico suceso hicieron sospechar que el príncipe había sido misteriosamente asesinado; y las sospechas recayeron principalmente sobre la baronesa, que vivía entonces en el castillo. Siniestros murmullos empezaron á levantarse por todas partes. Los príncipes de Rohán, herederos naturales de Condé, se disponían á promover un pleito y una causa criminal. Un nombre augusto, mezclado con el de la baronesa de Feuchères, proporcionó á las pasiones de partido un arma contra la situación. Se hizo notar, con una cruel sagacidad, que desde el 27 el tribunal se apoderó del teatro del acontecimiento; que el capellán del duque de Borbón, que se encontraba allí, no fué invitado á cooperar á la redacción de la sumaria; que el médico del príncipe, señor Guérin, no fué llamado para la autopsia, confiada á tres facultativos, dos de los cuales se hallaban en íntimas relaciones con la corte. Establecíase un paralelo injurioso entre la catástrofe que hacía desaparecer á Condé de la historia y la prosperidad creciente de la casa de Orleans.

Para apagar los rumores que la injuria osaba levantar hasta el gobierno, se le ofrecía al rey un medio decisivo: repudiar una herencia tan tenebrosa. Pero Luis Felipe entendía de otro modo los intereses de su naciente realeza. En vísperas de ocupar el trono, hizo poner á nombre de sus hijos sus bienes que no quería reunir, según la antigua ley de la monarquía, al dominio del Estado. Esto indicaba que bajo su reinado el desprecio del dinero no sería la virtud dominante. Aunque era el soberano más rico de Europa, no pensó más que en hacer administrar de una manera fructuosa las nuevas posesiones de su hijo. De ahí, para los hombres del poder, la necesidad de asegurar á la baronesa de Feuchères una protección que ocasionó grandes escándalos.

En tanto que la clase media y la realeza, momentáneamente unidas, consolidaban su dominación, los soberanos extranjeros, á quienes la revolución había alarmado, volvían poco á poco de su espanto. La primera idea del nuevo gobierno consistió en hacerse reconocer, resolviendo fundar su política en el mantenimiento de los tratados de 1815. Era crearse una situación terrible, pues por una parte había que someterse á los extranjeros para serles gratos, y por otra parte había que envilecer á la nación para calmarla. El gabinete del Palais Royal no vislumbró estas consecuencias, ó las arrojó adivinándolas.

Como España no tomó parte en los tratados de Viena, Luis Felipe, al adherirse á ellos, no borraba suficientemente á los ojos de un monarca absoluto la mancha de su usurpación. Y no pudiendo ganar la voluntad del gobierno español, el gabinete del Palais Royal se

propuso intimidarlo. La noticia de la revolución de 1830 atrajo á París, de todas partes de Europa, las más ilustres víctimas de la tiranía de Fernando VII. Reunidos por un mismo infortunio y por unas mismas esperanzas, Mendizábal, Istúriz, Calatrava, San Miguel, el duque de Rivas, Martínez de la Rosa, el conde de Toreno y otros, formaron en París una especie de junta con el propósito de revolucionar á España. Para secundar á dicha reunión, los patriotas franceses formaron otra con el nombre de *comité español*, compuesto de los señores Dupont, Viardot, Marchais, Schœlcher, Chevallon, Etienne Arago, Gauja, Loëve-Weimar y Garnier-Pagés. Abrióse una suscripción que produjo sumas considerables. El coronel Pinto era el principal intermediario entre los patriotas de ambas naciones. El banquero Calvo tomó á su cargo los intereses financieros de la emigración española. Tratóse de abrir un empréstito; y el *comité español* se ocupó en fundar una caja, reclutar refugiados y enviarlos á los Pirineos. Pronto le fué asegurada la protección del gobierno. Luis Felipe, hablando del rey de España con tres delegados del comité que habían ido á solicitar su apoyo, les dijo entre otras cosas: «En cuanto á Fernando VII, le pueden ahorcar si quieren, porque es el mayor tunante que existió jamás.» Los representantes del comité creyeron que el momento era oportuno para manifestar al monarca los proyectos de los refugiados españoles. Estos consistían en ofrecer la corona de España al duque de Nemours, dándole por esposa á doña María, lo cual hubiera hecho prevalecer en España y Portugal reunidos la influencia francesa y las tradiciones de la política de Luis XIV. Luis Felipe desechó la proposición, porque temía comprometerse á los ojos de Europa aceptando el ofrecimiento de una corona para uno de sus hijos; pero pocos días después puso á disposición de Lafayette cien mil francos de su peculio particular para los revolucionarios españoles. De tal modo protegidos por el gobierno francés, los refugiados españoles se lanzaron á la conquista de su patria. Asustado, Fernando VII prometió su apoyo á Luis Felipe, y el gobierno francés empezó á dificultar la acción de los emigrados españoles que hasta entonces había estimulado y protegido. Estos fracasaron trágicamente en su empresa, y los patriotas españoles maldijeron á Francia. El gobierno francés acababa de levantar de nuevo esa barrera de los Pirineos que el genio de Luis XIV había suprimido.

Mientras que, al Sur, Francia perdía la amistad de España, la fortuna parecía abrirle, al Norte, el camino de las conquistas pacíficas. Existían en Francia, en aquella época, dos gobiernos: el de Luis Felipe y el de los clubs; el primero, calculador y reservado; el segundo, activo, apasionado, ruidoso, amigo de lo imprevisto. El partido que en París hablaba de propaganda, queriendo ensanchar la Francia hasta el Rhin y extender la mano sobre Bélgica, se componía, en general, de hombres jóvenes, ajenos á los negocios, no muy ricos, y, por consiguiente, sin consistencia en una sociedad inclinada al mercantilismo. Sin embargo, este partido se hallaba mejor aconsejado en su ardor que el partido contrario en sus temores. Merced á las dificultades de Europa, la prudencia consistía en atreverse á todo. Pero Francia, desligándose de los tratados de 1815, imponía la paz á Europa, mientras que, adhiriéndose á ellos, se

veía obligada á implorarla. E imponiendo la paz, dictaba sus condiciones, al paso que implorándola se rebajaba á sufrirlas.

Sin embargo, el partido propagandista aprovechóse activamente de las vacilaciones en que la revolución acababa de sumir á Francia, y de la debilidad momentánea de todos los poderes, para sembrar en Bélgica la semilla de las pasiones de que estaban poseídos. Francia no podía moverse entonces sin que se resintiera toda

En Bélgica fueron principalmente los católicos los que reclamaron la independencia; sublevaron las provincias sujetas á Holanda, las potencias interpusieron larguísimas negociaciones, que llenaron 80 protocolos, y, por último, Francia mandó allí un ejército que se apoderó de Amberes, donde Bélgica se dió una Constitución de las más liberales, tomó por rey á Leopoldo, príncipe de Coburgo, y alcanzó maravillosa prosperidad. Contra el parecer de varios de sus ministros, Luis



Luis Felipe y sus hijos, cuadro de Horacio Vernet. (Museo de Versalles.)

Europa. La Bélgica se sublevó para emanciparse de Holanda, que le atacaba la industria y la religión, como se insurreccionó la Polonia para sacudir el yugo de Rusia, como se pronunció España para restablecer su antigua Constitución, y como se sublevó Italia para librarse de los austriacos. Los magnates habían previsto aquellas consecuencias, por cuyo motivo resolvieron combatir la nueva revolución; pero los 100.000 hombres que el czar mandaba tuvieron que limitarse á sofocar la insurrección de Polonia; Austria tuvo que atender á Italia, sublevada contra ella, y ambas potencias se vieron en la necesidad de reconocer la nueva dinastía francesa. Así como la base de la Santa Alianza consistió en ayudarse mutuamente para impedir todo cambio, un nuevo tratado internacional estipuló que ninguna potencia intervendría en la constitución de los demás países; principio de la *no intervención*, contrario á la caridad y al derecho público, que fué violado cuantas veces plugo á los príncipes.

Felipe había conferido á Talleyrand la embajada de Londres. Aquel nombramiento había precipitado á Francia en una nueva política; equivalió á ligar la diplomacia francesa al mantenimiento de los tratados de 1815 y á renunciar á la alianza de Rusia para abrazar la de Inglaterra. Semejante nombramiento había causado grande alegría en Londres, pero el emperador de Rusia lo había considerado como una especie de declaración de guerra.

Mientras tanto, se preparaba en París un terrible drama. Tres de los ex ministros de Carlos X, los señores de Peyronnet, Guernón-Rauville y Chantelauze, habían sido conducidos de Tours á la capital y encerrados en la fortaleza de Vincennes, donde no tardó en seguirlos el príncipe de Polignac. Para interrogar á los culpables, la Cámara nombró tres comisarios. A Luis Felipe le preocupaba vivamente el peligro que podían correr los últimos consejeros de Carlos X. Entregarlos al verdugo era dar sangrientas arras á la revolución, á riesgo de

agrar aún más el corazón de los monarcas extranjeros. El rey concibió el plan de proponer á las Cámaras la abolición de la pena de muerte, preparando así los ánimos á la indulgencia, y confiar el juicio de aquella causa á los pares de Francia, en su mayor parte amigos de los procesados; los ministros no opusieron obstáculo alguno al proyecto, y la Asamblea electiva votó un mensaje al rey, en que la abolición de la pena de muerte por delitos políticos era confiada á la iniciativa del monarca. Pero el pueblo se amotinó contra aquel proyecto encaminado á evitar el castigo de los consejeros de Carlos X. La guardia nacional restableció el orden, y el día siguiente, el rey, vestido de uniforme de la misma guardia y acompañado de su hijo mayor y de los generales Lafayette y Gerard, bajó al patio del Palais Royal para dar las gracias por su vigilancia á los burgueses armados, á quienes daba el título de camaradas. Con semejantes actos, Luis Felipe unía cada vez más la causa de la realeza á la causa de la burguesía, pero se indisponía con el pueblo, que se acostumbraba á confundir en la misma desconfianza todo lo que significaba poder y riqueza.

El ministerio, asustado, anunció en el *Monitor* que la abolición universal é inmediata de la pena de muerte no le parecía posible, y que aun para restringirla á los casos en que la necesidad la legitimaba, se necesitaba mucho tiempo y un largo trabajo de preparación. El prefecto del Sena dirigió al pueblo un manifiesto en que censuraba enérgicamente á los revoltosos, pero calificando de inoportuno el mensaje presentado al rey por la Cámara. Semejante manifiesto produjo una irritación profunda en la corte, donde acordóse la destitución de Odilón Barrot. Pero éste era amigo del general Lafayette; Dupont, ministro de la Justicia, le consideraba indispensable, y el mismo Laffitte le prestaba un sincero apoyo. Cuando el rey habló de reemplazar al prefecto del Sena, Dupont y Lafayette mostráronse dispuestos á presentar su dimisión. Por otra parte, los señores de Broglie, Guizot, Molé, Casimiro Perier, Dupín y Bignón, comprendiendo que el ejercicio del poder se hallaría paralizado en sus manos mientras tuvieran á Lafayette por superior, á Dupont por compañero y á Odilón Barrot por subordinado, tomaron la resolución de abandonar momentáneamente la gobernación del Estado. Deseoso de conservar todos sus ministros, el rey suplicó á Laffitte que tratase de restablecer la armonía entre los individuos del consejo. Pero los esfuerzos de Laffitte se estrellaron contra la inflexibilidad de Dupont y la celosa altivez de los demás. Por consiguiente, fué necesario formar un nuevo ministerio, difícil tarea que Laffitte pudo llevar á cabo el 2 de noviembre, constituyendo bajo su presidencia un gabinete en que las carteras estaban así repartidas: Negocios extranjeros, Maisón; Justicia, Dupont; Interior, Montalivet; Guerra, Gerard; Marina, Sebastiani; Instrucción pública, Merilhou. El presidente se encargó de la cartera de Hacienda.

Pocos días después de la formación de este gabinete empezó la lucha entre él y la Cámara, á propósito de una proposición relativa á las publicaciones periódicas. La Asamblea declaraba la guerra á la prensa, y los individuos del ministerio que acababa de sucumbir preparaban su venganza.

Por aquellos días, en Polonia, la propia vanguardia del ejército de Rusia se sublevó contra ésta, á instancias de los nobles, que desde muy antiguo pedían que su país fuese considerado como reino independiente, conforme había sido proclamado en asamblea solemne en Varsovia el año 1815 y prometido por el emperador Alejandro. Pero éste se había espantado del liberalismo y de la francmasonería, y había buscado la unificación hasta por medio de la opresión del culto católico. La guerra que declaró á Francia su sucesor Nicolás repugnaba á los nobles, por cuyo motivo se sublevaron, y, como eran expertos en las armas, aprontaron un buen ejército y vencieron las resistencias; pero no pudieron recibir del exterior más auxilio que buenas palabras; azotados por el cólera y por disensiones intestinas, después de rudas batallas sucumbieron ante el ejército regular mandado por Paskewich; el reino fué incorporado al imperio moscovita y agobiado de suplicios y destierros.

Francia hubiera podido ayudar con facilidad y eficacia á la revolución polonesa. El gobierno no tenía necesidad de enviar ningún ejército á Varsovia, ni siquiera usar con el emperador el lenguaje de la amenaza. Para salvar á Polonia bastaba enviar allí unos cuantos generales franceses y algunos agentes encargados de apoyar bajo mano, en nombre de Francia, al partido democrático, único capaz de hacer frente á las circunstancias. Pero esto no entraba en las miras de Luis Felipe. Si la corte pareció de pronto asociarse á las simpatías que Francia mostraba en favor de los revolucionarios de Polonia, fué únicamente porque era peligroso hacerles frente. La actitud tomada en público fué desmentida en las instrucciones secretas comunicadas á los agentes exteriores.

La Cámara de los pares se había constituido en tribunal de justicia, y cuatro pares de Francia, señores Pasquier, Bastard, Seguier y Pontecoulant, habían estado encargados de instruir el proceso relativo á los presos de Vincennes. El 10 de diciembre, por la mañana, los ex ministros fueron trasladados á la prisión del Pequeño Luxemburgo, con extraordinarias precauciones.

Pero la atención pública se fijó apenas en aquel suceso, porque se hallaba puesta en otro que impresionó profundamente á la Francia liberal. Benjamín Constant acababa de morir, y para acompañar á la última morada los restos mortales de aquel hombre que tanto había hecho en favor del liberalismo, todo París estaba en movimiento. El famoso tribuno había muerto en la mayor miseria; y, sin embargo, se le tributaron honores más extraordinarios que los rendidos á Mirabeau, muerto en la plenitud de su gloria.

La Cámara de los pares, convertida en tribunal de justicia, después de varias audiencias sensacionales, que repercutieron en el exterior amotinando al pueblo, contenido por la guardia nacional, condenó á los ex ministros Chantelauze, Guernón-Rauville y Peyronnet á prisión perpetua, y al príncipe de Polignac á la muerte civil. Esta sentencia causó en París una agitación terrible. La masa revolucionaria, que pedía la cabeza de los causantes del derramamiento de sangre de las jornadas de julio, estuvieron á punto de hacer otra revolución. Impidióla el arrojó de la burguesía armada, con el con-

curso de la juventud escolar. Por salvar el gobierno de Luis Felipe, Lafayette sacrificó su popularidad, y el gobierno pagó tan gran sacrificio haciendo abolir por la Cámara electiva el título de comandante general de las guardias nacionales del reino. Esto equivalía á destituir á Lafayette, que se apresuró á presentar la dimisión. Era la señal de un movimiento contrarrevolucionario que el gobierno se proponía llevar á los últimos extremos. Tal fué el desenlace de aquel proceso que tan graves riesgos hizo correr á la nueva monarquía y que permitió decir á los embajadores extranjeros: «Escribid á vuestros soberanos que el espíritu revolucionario queda vencido.»

Por aquellos días murieron en Italia Carlos Félix del Piamonte, Francisco de Nápoles y León XII, á quienes sucedieron respectivamente Carlos Alberto, Fernando II y Gregorio XVI. La ocasión pareció propicia á los revolucionarios, que no desperdiciaban ninguna. Durante el cónclave, los hijos de Luis Bonaparte intentaron un sacudimiento en Roma, que fué calmado en seguida; pero pronto se sublevaron Módena, Parma y las legaciones. Austria se mostró dispuesta á extinguir aquel fuego que amenazaba á sus Estados. Luis Felipe, atento á consolidar su propia dinastía, no opuso más que protestas al Austria cuando ésta envió un ejército á reponer á los duques de Parma y de Módena, lo que verificó sin necesidad de combatir. En la Romanía se había formado un pequeño ejército que opuso alguna resistencia en Rímíni; los jefes de la insurrección huyeron á Ancona; unos se embarcaron, siendo luego apresados en el mar por una corbeta austriaca y llevados prisioneros á Venecia; otros se refugiaron en Francia, donde acudían los vencidos de todas partes. En el Piamonte, los primeros motines fueron sofocados con ejecuciones militares; Austria dió libertad á los extranjeros que había cogido; sometió sus súbditos á procesos y su dominación pesó más que nunca sobre Italia.

Pesarosos del propio vencimiento, los partidarios de los Borbones y los republicanos se declararon enemigos de la situación, aquéllos retirándose de la corte y de la política activa para desacreditar mejor en los periódicos los hechos y tendencias del nuevo gobierno, y los últimos conspirando contra la monarquía por medio de sociedades secretas é intentonas revolucionarias en París, Lyon y otros puntos, y finalmente con golpes regicidas contra Luis Felipe. Mientras este príncipe, hábil y conocedor de las buenas y malas artes políticas, se mantuvo fiel al espíritu de la revolución y se apoyó lealmente en la clase media, pudo considerarse afianzado en su trono; y hasta el no haber intervenido en Bélgica, Polonia y otros países revolucionados contra sus opresores, á fin de no dar la señal de una guerra europea, no le fué tenido en cuenta por la mayoría de la nación, antes ávida de gloria militar, y ahora deseosa del pacífico desarrollo interior, más que de la agitación azarosa de los combates.

Pero Luis Felipe, olvidando de día en día el origen de su trono, se fué acercando en su política á las máximas realistas de los Borbones, descubriendo defectos y tendencias que habían de acabar por enajenarle las simpatías del país. En lugar de apoyarse en las nuevas instituciones, ampliando poco á poco el derecho elec-

toral á toda la clase media y á aquellas inferiores que se elevaban por su merecimiento en la escala social, Luis Felipe únicamente redujo el censo electoral de 300 á 200 francos, de modo que el número de electores no llegaba á quinientos mil en un pueblo de treinta y dos millones. Sólo los primeros grados de la clase media, comerciantes, banqueros, propietarios ricos, es decir, la aristocracia del dinero, tenía voz é influjo en las elecciones; el artesano, el labrador, el pequeño capita-



El duque de Aumale. (Galería de Chantilly.)

lista, se hallaban equiparados al bracero sin derecho político. No es, pues, de extrañar que esta parte de la clase media concluyese por hacer causa común con el cuarto estado, y le ayudase á levantar las barricadas contra las cuales se estrelló la monarquía de Julio, de la misma manera que se había estrellado la Restauración.

Encerrándose el gobierno en los estrechos límites del cuerpo electoral, abrió ancha puerta á influencias ilegítimas y á la corrupción. Con el cebo de empleos, títulos y provechos materiales, la voluntad y el pensamiento inmutables de Luis Felipe traían siempre á la Cámara una mayoría dócil á todos sus proyectos y deseos. De la Cámara de los pares, nombrada por el rey, poco podía esperar la nación: era una rueda sin resorte propio y servía sólo de tribunal extraordinario de justicia para los altos crímenes políticos. Contando con los representantes oficiales del pueblo, planteó Luis Felipe un sistema de egoísmo y de corrupción elogiado por sus adictos y aduladores como obra de profunda políti-